

dores del Poder sean capaces de evitar que, si se llega a las elecciones de junio próximo, ganen los peronistas. Los revolucionarios antigubernamentales están dispuestos a evitar cualquier tentativa de victoria peronista, aunque sea suspendiendo la convocatoria electoral y renunciando a los métodos democráticos. El Gobierno, por su parte, cree poderlo conseguir sin necesidad de dar la impresión ante el mundo—y, muy especialmente, los Estados Unidos—de que la Argentina abandona la nave de la Democracia.

Lo que no está tan claro es cómo llegar a hacer unas elecciones sin que en ellas se refleje, de un modo u otro, la existencia real de una gran masa nacional peronista. La solución pudiera obtenerse mediante la concordia de los demás partidos políticos y de modo especialmente importante, de los radicalismos. Pero los viejos partidos son incapaces de entenderse, envueltos como están en la red de sus discordias personalistas y de sus históricas divergencias. Las fuerzas armadas no dan tampoco pruebas de unidad de criterio y no vacilan en ponerlo de manifiesto en continuas agitaciones castrenses, con salida de los tanques a las calles. Por eso no se ve cómo podrá llegarse a una consulta electoral pulcra con posibilidades de victoria frente al peronismo, que, él sí, da sensación de monolítica estructura.

Mientras militares y políticos planean en Buenos Aires las elecciones, aunque sin clara determinación de cómo habrán de celebrarse, el mando peronista calla y espera al último instante para dar las instrucciones a sus correligionarios. De esta manera juega con el factor de la sorpresa y mantiene en la incertidumbre a sus adversarios.

Esto es, en brevísimo esquema, lo que pasa en la Argentina. Los que tenemos amor a ese bello país hispánico, nos hacemos eco del interrogante que los argentinos se hacen:

¿Qué necesita la Argentina?

Aparentemente, estabilidad por encima de todo. Quizá a costa de grandes sacrificios y de dejar de lado por algún tiempo las disputas políticas, renunciando a lujos económicos y políticos que sólo pueden permitirse los países que atraviesan épocas de riqueza económico-política.

EMILIO BELADIEZ.

ESTRUCTURA Y TRAYECTORIA DE LA NUEVA REPUBLICA ARABE: UNIDA

En el estudio que en el número anterior de esta REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL se publicó sobre la actualidad del socialismo árabe en los cambios del Próximo Oriente (*), tuve ocasión de señalar que el factor dinámico esencial no es el de las especulaciones teóricas, sino el de los valores personales. La más estricta objetividad obliga a reconocer que el mayor de dichos valores consiste en el prestigio y el estímulo de Gamal Abdel Nasser. Se trata de un hecho comprobado de la historia arábiga actual; un hecho al margen de los juicios de valor que puedan hacerse sobre el contenido y los programas de la R. A. U. En todo caso (repetimos) la causa mayor de la fuerza moral de Nasser y sus colaboradores ha venido siendo la de que ellos no han forzado los acontecimientos porque éstos se han producido por una evolución natural. Así los creadores de la primera R. A. U. y repetidos protagonistas de la segunda han tenido como base de su nuevo triunfo la firmeza con que sostuvieron el ideal del unitarismo árabe; sin reconocer ninguna de las circunstancias que lo retrasaban.

Un testimonio muy interesante de la realidad de que la firmeza de los hombres de la revolución egipcia de 1952 ha actuado como un imán que ha atraído los impulsos populares semejantes del resto del arabismo, ha sido el de la prensa del Oriente Medio, que se publica en lenguas extranjeras (es decir, no árabes). Así, en un editorial de uno de los mayores diarios orientales de lengua francesa, se ha explicado el proyecto del nacimiento de la segunda R. A. U. como «une libération des énergies longtemps contenues par des obstacles externes»; y se ha comprobado que «l'Acte proclamant l'État Fédéral Arabe a, par là même, déclanché un mouvement d'accélération de l'histoire». Y esta aceleración de la historia, en vista del:

(*) Véase el núm. 66, págs. 77-93.

nuevo federalismo árabe, puede explicarse geopolíticamente, porque con ello recuperaría el Mediterráneo oriental un elemento esencial que había perdido; es decir, el de un Estado eje o cabecera que constituya su armazón y estructura regional.

El mismo proceso gradual por el cual se llegó al posible nuevo punto de partida con la declaración tripartita del 17 de abril, ha reforzado la sensación de evolución paulatina, no sólo empujada por el entusiasmo, sino encauzada por la prudencia. Como es sabido, las conversaciones egipcio-sirio-iraquíes comenzaron por una primera serie de reuniones celebradas en El Cairo desde el jueves 14 al sábado 16 de marzo, en la residencia del presidente Nasser, de Manchet el Bakri. Fueron para un intercambio previo de puntos de vista y terminaron por un comunicado precisando el acuerdo previo en principio. Después las delegaciones iraquí y siria volvieron a Bagdad y Damasco, para dar cuenta al resto de sus autoridades revolucionarias nacionales. Como los puntos más difíciles de las bases iniciales parecían ser los de soldar algunos de los nexos egipcio-sirios que quedaron rotos en septiembre de 1961, hubo necesidad de nuevas conversaciones de los dirigentes de El Cairo con los de Damasco. Para ello una delegación siria en la cual figuraban su primer ministro Salah Al Bittar y el comandante en jefe de las fuerzas armadas feriq Luay el Attasi, se entrevistó con el presidente Abdel Nasser, a quien acompañaban tres vicepresidentes de la República y el presidente del Consejo Ejecutivo. Hubo otro comunicado conjunto bilateral del 21 de marzo, conviniéndose en la necesidad de que para la futura Unión Árabe se evitasen los errores que alcanzaron a la anterior Unión de 1958.

Después de aquel comunicado del 21 de marzo, quedaron varios puntos sueltos antiguos, y, además, se soltaron varios puntos nuevos, porque subsistía un núcleo de dificultades que procedían de algunos sectores políticos damasquinos, sobre todo los jefes del «Baaz» local.

Así, en la capital siria tuvo que formarse una comisión ministerial, en la cual se juntaron los representantes de los movimientos y las agrupaciones políticas sirias que habían tomado parte en la revolución del 8 de marzo. Sin embargo, aquella comisión resultó muy imperfecta, pues su exceso de detallismos y reservas al estudiar las fórmulas del nuevo enlace con El Cairo, eran tendencias consideradas por las masas del pueblo sirio como una «vuelta al separatismo». Eso explicó el estallido de entusiasmo callejero con que el gentío damasquino aprovechó la visita de la delegación argelina que presidía el coronel Bumedián, para reclamar a voz en grito la vuelta al sistema de la R. A. U. que funcionó entre 1958 y 1961. Tanto por la fuerza de la

opinión popular, como por la intervención de varios dirigentes iraquianos de la rama del movimiento «Baaz» en Bagdad, y sobre todo por la empeñada mediación (pacificadora y federalista) de la delegación argelina, el grupo de gobernantes sirios que se mostraba más recalcitrante cedió casi por completo.

El 6 de abril se formó en Damasco un «Frente Unionista», en el cual no sólo entraron ministros de partidos unionistas, sino los cuatro dirigentes completos de todos esos partidos (incluso del «Baaz» sirio, del cual habían procedido las mayores objeciones). Pudo así iniciarse, con los caminos momentáneamente despejados, la tercera fase de las negociaciones inter-arábigas. El día 7 volvieron a reunirse en El Cairo las delegaciones de la R. A. U., Siria e Iraq. Las negociaciones iniciaron entonces la que se llamó «fase activa», es decir, una etapa que ya no era para discutir, sino para comenzar a preparar unas estructuras de tipo federal. Esto se hizo con bastante rapidez y facilidad; hasta el punto de que el día 10 pudo ya anunciarse oficialmente el próximo nacimiento de un solo Estado, con una sola bandera y una sola capital.

El anuncio del acuerdo fué hecho por medio de una comunicación verbal de Ali Sabri (o sea el presidente del Consejo Ejecutivo de la R. A. U., que de hecho viene desempeñando el papel de un primer ministro). Aquella comunicación fué la primera definición de la forma del nuevo Estado y las competencias del poder federal. Desde ese día hasta el 17 continuaron las deliberaciones de las delegaciones, para ir examinando y dando forma escrita al examen de las estructuras constitucionales fundamentales. Dicha labor se completó y terminó el miércoles 17 de abril con la firma de un comunicado definitivo. Fué en el Palacio Republicano de Kubbeh, al comenzar el día (poco antes de la una de la madrugada). Lo firmaron inicialmente el presidente de la República de la hasta entonces R. A. U., Gamal Abdel Nasser; el jefe del Gobierno del Iraq, Ahmed Hassan Al Bakr, y el presidente del Consejo Nacional del Mando de la Revolución de Siria, feriq Luay el Aftasi. Luego estamparon sus firmas los demás miembros de las tres delegaciones. El espíritu y la intención de los presentes fueron resumidos por una breve alocución-jaculatoria de Nasser, el cual dijo: «En nombre de Dios clemente y misericordioso, en nombre de la Nación Árabe, rogamos al Todopoderoso bendecir nuestra Unión y hacerla durar para siempre, como una Unión fuerte, una Unión sólida, objeto del orgullo del pueblo árabe. Si Dios quiere, esta unión será la madre de todos los Estados árabes, y que Dios nos conceda el éxito para el bien del pueblo árabe.»

La declaración del 17, sobre estructura del Estado federal tripartito, fué oficialmente designada con el nombre de «Pacto de la Unidad» (en árabe: *Ittihaaq al guajda*), y quedó contenida en un extenso articulado que llena cuarenta y ocho páginas del texto arábigo impreso. No obstante, sus líneas fundamentales pueden ser resumidas en dieciocho puntos.

1.º Será establecido un Estado Federal bajo el nombre de República Árabe Unida, sobre la base de una federación libre entre Egipto, Siria e Iraq. Estos tres países se llamarán de ahora en adelante: «territorio egipcio», «territorio iraquí» y «territorio sirio».

2.º Toda República árabe independiente que tenga fe en los principios de la libertad, el socialismo y la unión, tendrá derecho a adherirse a este Estado, por una voluntad popular libremente expresada.

3.º Los ciudadanos del Estado Federal tendrán una misma nacionalidad: *árabe*.

4.º La religión musulmana será la religión del Estado, y la lengua árabe, su lengua oficial.

5.º La bandera será la actual de la R. A. U., con tres estrellas verdes en vez de dos. Será añadida una estrella cada vez que un nuevo país se adhiera al Estado federal.

6.º La capital del Estado federal será El Cairo.

7.º La competencia del Estado federal se extiende a las cuestiones siguientes: política exterior, defensa, seguridad nacional, hacienda y tesoro, leyes y política aduanera, economía, desarrollo y planificación económica, información, cultura y enseñanza.

8.º La Asamblea Nacional comprende la Cámara de Diputados y el Consejo de la Federación.

9.º La Cámara de los Diputados comprende un número de miembros proporcional al número de habitantes de cada territorio. El mandato de cada miembro es de cuatro años.

10. El Consejo de la Federación comprende un número igual de representantes para cada territorio. El mandato de sus miembros debe ser, por lo menos, la cuarta parte, y como máximo, el tercio de los de la Cámara de Diputados.

11. La Asamblea Nacional elige el presidente de la República y a los vicepresidentes.

12. El mandato del presidente de la República es de cuatro años.

13. Tres vicepresidentes (uno por cada territorio) son elegidos al mismo tiempo que el presidente de la República.

14. La Constitución federal y la designación del presidente de la República serán objeto de un plebiscito a partir de la publicación del presente documento.

15. El Estado federal será considerado como constitucionalmente existente a partir de la publicación de los resultados del plebiscito.

16. El período de transición se extenderá en un máximo de veinte meses, a partir de la fecha de anuncio del plebiscito.

17. Todos los poderes legislativos y ejecutivos en el Estado federal durante el período transitorio serán asumidos por un Consejo presidencial presidido por el presidente de la República y del cual serán miembros los vicepresidentes.

18. Los tratados y los convenios concertados por el Gobierno de un territorio serán válidos en el cuadro del territorio que los ha firmado.

Los dieciocho puntos se unieron después por medio de diversos comunicados oficiosos, en los cuales se opinaba que su más destacado significado era responder a las «más queridas aspiraciones de los pueblos» que han decidido la unión. También se dijo en los comentarios directos que aunque jurídicamente el nuevo Estado no comenzará a funcionar efectivamente sino después del plebiscito (que podrá realizarse probablemente en un plazo de cinco meses), la validez de su nacimiento legal ha sido establecida por las reacciones de entusiasmo entre las poblaciones. Fuera o al margen de esos comentarios optimistas, la información objetiva llamaba la atención sobre el hecho de que la oficialidad del islamismo religioso no impide que las existentes comunidades de árabes católicos, ortodoxos, coptos, etc., sigan conservando todos sus derechos de ciudadanía.

Luego ha destacado el interés de las preguntas que pueden hacerse sobre lo que ya se ha realizado en sentido federalista, después del 17 de abril, y lo que aún queda por realizar (aparte las previsiones del plebiscito y sus consecuencias) ; es decir, las normas de aplicación de los usos cotidianos. Tampoco pueden soslayarse las ventajas de las sumas de recursos físicos y humano que puede proporcionar la coordinación de los tres territorios; ni los inconvenientes de los problemas que quedan por resolverse en diversos sectores.

La primera realización visible ha sido la de la bandera común. Desde el 30 de abril se promulgó en Bagdad un decreto para izar el pabellón de las tres estrellas verdes sobre fondo blanco, con rojo arriba y negro abajo. En Damasco se siguió el mismo ejemplo. Otra decisión fué el acuerdo provisional para que en las embajadas de la R. A. U. pueda haber agregados espe-

cializados en las gestiones de cada uno de los territorios. El 29 de abril comenzaron unas conversaciones técnicas para la unificación de los programas de enseñanza, entre los ministros de Instrucción de los tres territorios, llegándose a un acuerdo de coordinación. Está pendiente la creación de una comisión tripartita para la coordinación jurídica. En cuanto a la existencia de distintas representaciones diplomáticas en el extranjero y la necesidad de visados para circular entre los tres territorios, serán normas que no podrán modificarse hasta después de la celebración del plebiscito. Y entre las que pueden considerarse dificultades figuran las de las identificaciones petrolíferas, y alguna incógnita de carácter racial, como la del papel que desempeñaran las tribus kurdas del norte del Iraq. Sin olvidar que si en Siria fueron arrollados los desconformes, no por eso han desaparecido del escenario.

Ventajas muy claras son las de las cifras de las sumas de superficies y pobladores. La nueva R. A. U. podrá tener casi 1.620.000 kilómetros cuadrados, con algo más de 38 millones de habitantes. Estas cifras quedarán más redondeadas si se agrega la pequeña zona palestina de Gaza, que de hecho funciona como un anejo especial de Egipto. También pueden citarse otros datos, como el de los 9.758 kilómetros lineales de fronteras marítimas y terrestres, entre las cuales las segundas lindan con otros nueve países limítrofes. Hay la cifra de los siete millones de vecinos de las cinco mayores ciudades; de los cuales la mitad corresponden a El Cairo, y el resto se reparte entre Alejandría, Bagdad, Damasco y Alepo. Sin olvidarse las enormes posibilidades que aún le quedan a los enormes regadíos del Nilo, el Tigris, el Éufrates, etc.; las riquezas mineras del petróleo y el hierro; electrificaciones; grandes industrias textiles y químicas; producciones agrícolas de algodón y diversos alimentos, etc.

Más apasionantes para la opinión pública árabounida (aunque por el momento bastante confusas e imprecisas) son las evidentes abundantes posibilidades de posteriores inclusiones en la R. A. U. de otros países árabes y de zonas todavía dependientes como algunas de Arabia del Sur. Se trata del tema que por su enorme importancia política debería ocupar una parte muy extensa en toda nota o todo artículo informativo sobre la segunda R. A. U., pero si las perspectivas de agregaciones son cada día mayores, también se encuentran condicionadas a otros factores ajenos a lo árabe, sobre todo africanos y algo también del Oriente Medio. Por ejemplo, respecto a la República del Yemen, todos están de acuerdo en que será lo antes posible un nuevo miembro de la nueva agrupación árabe, y acaso la cuarta estrella

de su bandera; pero existen dificultades prácticas inmediatas, como la de que el Yemen tiene una estructura social tradicional de grandes tribus, que resultará lento y trabajoso acoplar a los sistemas del «Socialismo árabe».

Respecto a las otras agregaciones no anunciadas, aunque igualmente factibles, destaca Jordania, donde se nota que son mayoría los habitantes hostiles al rey Hussein, y deseosos de incorporarle a la R. A. U., en calidad de territorio palestín. Pero por ahora obra como el mayor freno el temor a que una unión precipitada provocase un ataque de Israel y un conflicto no temido, pero considerado prematuro. Entretanto hay sitios en los cuales todavía se habla poco de unirse oficialmente al sistema de El Cairo, pero que han comenzado a actuar dentro de él; sobre todo en la cooperación de prestaciones técnicas económicas. Es el caso de Kuwait, que ha roto las anteriores barreras con Iraq, y envía sus expertos para ayudar a los egipcios a modernizar de prisa el Yemen.

Al final, lo mismo que al principio de la formación de la otra República Árabe Unida en escala de aumentos, Argelia sigue siendo, si no el factor esencial, por lo menos el más dinámico. Ya se sabe que las gestiones personales de los delegados argelinos que visitaron El Cairo y Damasco fueron uno de los factores mediadores que ayudaron a reabsorber algunos particularismos sirios. Por otra parte, contar con Argelia significa para Abdel Nasser y sus colaboradores dar al arabismo un auténtico sentido de continuidad histórica, que nunca podría sostener si se redujese a ser un reajuste local próximo-oriental. Pero precisamente por formar parte Argelia del conjunto físico y humano especial del Magreb norteafricano, no puede actuar prescindiendo del resto de dicho Magreb.

Además, tanto la clara comprensión como la tranquila evolución del «devenir algérien», se ven dificultadas (al menos desde los países neolatinos del Mediterráneo Occidental) por la propensión a fijarse y comentar sobre todos los aspectos sensacionalistas. Así, en la visita oficial que Abdel Nasser realizó a Argelia el sábado 4 de mayo, el carácter de actualidad sensacional hizo que la prensa mundial destacase los aspectos más ruidosos. Fueron lo clamoroso de la entrada triunfal en Argel y las conjeturas los motivos de que la visita acertase su duración. Pero lo mismo en los comentarios simpatizantes que en los recelosos, hechos por los diversos observadores e informadores extranjeros, se olvidó casi siempre la realidad de que en primer término, el viaje de Nasser tuvo razones árabes por motivos árabes. En El Cairo, en Argel y en otras muchas partes se consideraba que constituía una etapa lógica y casi obligada dentro de las tenden-

«cias del panarabismo; tendencias que comenzaron hace más de cien años, bajo el Imperio turco, se reavivaron entre las dos guerras mundiales y quedaron encarriladas en el sentido de las masas de sus pueblos desde la revolución egipcia de julio de 1952.

Ni el pacto federal tripartito del 17 de abril, ni la posterior irradiación hacia lo norteafricano, se hicieron pensando en lo que podrían opinar éstas o las otras grandes potencias, ni cuáles de tales potencias pueden sentirse favorecidas o perjudicadas. En realidad, lo que más ha importado es buscar aplicar los sentidos de recuperación económico-social de elevaciones del nivel árabe al número mayor posible de pueblos y habitantes. Porque en casi todos los países de lengua y cultura árabes existen angustias de crecimiento y prisas de planificaciones. Subsisten todavía muchos desniveles, como los que en sus suelos existen entre desiertos y zonas regables o los que hay en sus cuadros político-sociales, entre lo demasiado viejo que ya se pudre y lo novísimo que llega demasiado de prisa. Así se trata de crear un tipo de «árabe medio» en el cual lo moderno sea hacerlo todo a la medida de todos.

Lo más interesante en el orden de la trascendencia regional arábica, tanto como en el de la significación afroasiática, podría ser la realidad de que las influencias del sistema de la R. A. U. están irradiando en varios sectores de aquellos Estados que son islámicos aunque no sean árabes. Por ejemplo, el sentido del nuevo gobierno formado desde abril en el reino del Afghanistan es netamente pro-arábigo. También es cierto que en los ya realizados por los dirigentes de la vecina república islámica del Pakistán, se notan cada vez más las influencias del socialismo nacional y religioso que Nasser ha implantado y extiende desde su nación y su Estado árabes y panárabes.

Después de la segunda decena de mayo, fueron apareciendo y desarrollándose (la mayor parte de las veces violentamente) una serie de cambios que de momento parecían tender a anular, o por lo menos a retrasar, los planes de unión federal que con alegría y bastante precipitación se acordaron y se aplaudieron en la declaración tripartita del 17 de abril. Pero casi todos los nuevos factores de disgregación no han sido cosas nuevas, sino supervivencias de anteriores factores de retraso o de frenos respecto al unionismo proclamado públicamente. En realidad, los problemas y las dificultades de mayo han vuelto a proceder de aquellos mismos grupos políticos y aquellos mismos dirigentes de Damasco que contribuyeron a la separación de 1961, y cuando han vuelto al unitarismo de 1963, lo han hecho con la

mayor cantidad de reservas posibles. Esto se refiere naturalmente a los jefes del partido Baaz en Siria, especialmente a Salah el Bittar y sus amigos. Aunque la dimisión del primer Gobierno presidido por Bittar, el fracaso del proyecto de un Gobierno de Sami el Guindi, y el segundo gabinete Bittar, se han producido apoyándose en una acción de represión y de condenas contra los manifestantes que en todas las ciudades y los pueblos de Siria se han venido pronunciando a favor de la unión con el Iraq y Egipto.

Desde la exterior y alejada perspectiva de España no puede tomarse partido por ninguna de las tendencias en pugna dentro del unitarismo o de los separatismos del Próximo Oriente arábigo. Pero todos los datos más contrastados y escrupulosamente objetivos siguen confirmando la evidencia de que actualmente los caminos de cualquier sistema constructivo de conjunto son los que provienen de Gamal Abdel Nasser y sus colaboradores. Porque ellos han llegado a ser considerados como los emblemas de la continuidad de destino en los árabes y el arabismo de todas partes, según el sentir de las masas populares, las cuales ven en Egipto el modelo de sus adelantos y su bienestar.

RODOLFO GIL BENUMEYA.